

La Toma de Janos.

DEBEMOS hacer constar, por ser de justicia, que algunas partidas de liberales que tienen por divisa la bandera roja y por lema: "Tierra y Libertad," ayudaron á los maderistas en la revolución pasada. Las primeras bandas de liberales eran las capitaneadas por Praxedes G. Guerrero quien duró poco, pues sucumbió en la primera batalla como diremos después, y la de Lázaro S. Alanís que se unió á las fuerzas maderistas; lo mismo hizo la gente del malogrado joyen Guerrero que dirigió después Leonides Vázquez uniéndose con la columna de José de la Luz Blanco en el Distrito de Galeana.

Los jefes que iban con el valiente Praxedes, eran Juan Ortíz, Inés Salazar, Cenobio Orozco, Leonides Vázquez y Benjamín Silva que fungió de Secretario de Guerrero y después de muerto éste, de Leonides Vázquez.

Antes de la toma de Janos, destruyeron varios puentes de la línea de Casas Grandes, detuvieron algunos trenes y se hicieron de parque, armas y caballos.

Primero tomaron á Janos y después se encontraron con los federales cerca de San Buenaventura trabándose

combate en el que pereció el Capitán Ortíz y dos soldados; pero derrotaron á los federales haciéndoles 50 bajas y 16 prisioneros, entre los que estaban el Teniente Escobedo y el Subteniente Mejía.

Después pelearon en el cerro de la Cantera con el 18 batallón: aquí pereció el Capitán Orozco y varios insurgentes habiendo hecho varias bajas á la federación; pero ya estaban unidos con los maderistas. La primera y única batalla que tuvieron en la que operaron solos, fué la de Janos donde murió el arrojado Guerrero y dió por resultado la toma de la población por los libertadores.

El ataque á este pueblo del Distrito de Galeana fué formidable, y lleno de arrojo y valentía por parte de los insurgentes hasta que por fin lo tomaran entrando cubiertos de gloria y capturaron á la primera autoridad de allí.

Después de la derrota sufrida por el destacamento que estaba de guarnición en Janos, telegrafieron á Casas Grandes pidiendo auxilio que, les fué enviado inmediatamente. Ciento cincuenta soldados y un destacamento de Rurales llegaron á Janos protegidos por las sombras de la noche é inmediatamente se trabó el combate que fué reñido por ambas partes. Cuarenta insurgentes, bisoños, en su mayor parte, pero con el corazón henchido de coraje, se batieron como leones en las calles y alrededores de Janos: un insurgente contra cuatro ó cinco federales medían sus armas y en cuatro horas que duró el sangriento combate los persiguieron, los acosaron con sin igual bravura y los domearon completamente.

Los vecinos estaban asustados y cada disparo de fusil que era un relámpago les hacía saltar de sus lugares; los fogonazos se sucedían sin interrupción penetrando sus resplandores por entre las hendiduras de las puertas y

ventanas. Ni una queja, ni un lamento, ni otro ruido se percibía fuera del estruendo de los disparos mútuos y como la oscuridad era completa, reinaba una confusión espantosa que hacía más tétrica la situación en medio del fragor de la batalla.

Uno de los Rurales estaba guarecido en el quicio de una puerta cuando pasaba por allí una patrulla de federales perseguidos por cinco insurgentes y como vieron una sombra, la silueta de un hombre, dispararon sobre él en los momentos que gritaba el Rural; ¡no disparen que soy yo! pero ya era tarde: no acababa de articular la última palabra de auxilio cuando cayó rodando bañado en su propia sangre.

Serían las cuatro de la mañana cuando había cesado el fuego de fusilería y uno que otro disparo se oía á lo lejos indicando la retirada de los pocos federales que quedaban con vida.

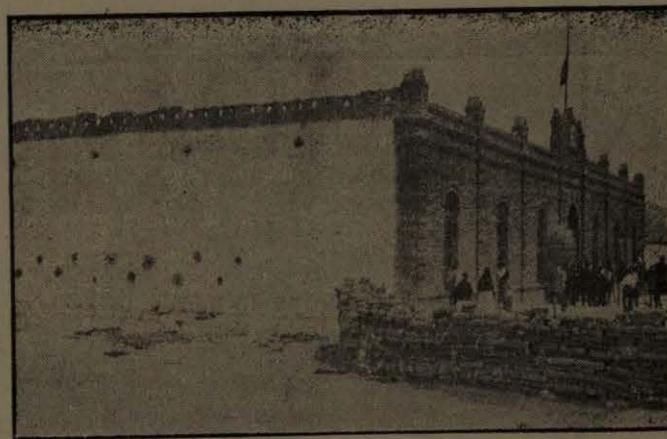
Momentos hubo, dice un testigo presencial en que confundidos insurgentes y federales, y cubiertos por las sombras de la noche, luchaban como titanes cuerpo á cuerpo hasta morir ó vencer.

En una de las calles cayó herido un insurgente á quien quebraron una pierna y rodeado de ocho soldados se defendía tenazmente disparando su carabina primero desde el suelo, donde yacía medio incorporado, y con un machete después cuando se le acercaron habiendo herido á varios.

Acérquense, cobardes, les decía; estoy herido, ¿no véis que no me puedo levantar? y cuando le intimaban la rendición gritaba con las escasas fuerzas que le quedaban: ¡eso nunca! ¡Viva la revolución!



El Sr. Madero salva la vida al general Navarro.



Cuartel federal donde se rindió el Gral. Navarro con 500 soldados.

Por fin una descarga de los enemigos que lo asediaban le arrancó la vida que con gusto sacrificaba por su patria

Cuando el sol abrió las puertas del oriente, un cuadro siniestro y desgarrador se iba presentando ante la vista de los espectadores mudos testigos de aquella tragedia digna de grabarse en lienzos.

Las calles cubiertas de cadáveres; regueros de sangre por todos lados que indicaban por donde se habían arrastrado algunos individuos en su huida; las paredes salpicadas de manchas rojizas y llenas de agujeros por donde penetraron las balas, un campo, en fin, de Agramante cubierto de los negros crespones de la devastación, del luto y de la muerte.

Penetraron los revolucionarios en las Oficinas públicas, tomaron como 800 presos, y se llevaron prisionero al Presidente Municipal á quien pusieron después en libertad mediante la suma de mil pesos.

En la azotea de la casa de Azcarate murió como un valiente el Jefe Praxedes G. Guerrero de un balazo en el ojo izquierdo que le salió por el lado derecho de la cabeza destrozándole el cerebro. Algunos dicen que lo mató su misma tropa, por equivocación, pues peleaban entre las sombras de la noche y era difícil saber con precisión á quien tiraban; pero esta versión no se ha podido confirmar. Al caudillo Guerrero lo sepultó su gente como á doscientos metros de la Colonia Fernández.

Esta batalla ocurrió como el día veintiocho ó veintinueve de diciembre.